



OBISPO DE CARTAGENA

VIGILIA PASCUAL

Murcia, en la Capilla de Santiago, a 11 de abril de 2020

Querido hermano obispo auxiliar, Sr. arzobispo emérito de Burgos.
Hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas, diáconos y seminaristas mayores y menores.
Queridas familias. Saludo a los enfermos, ancianos, jóvenes y niños.
En este día de la Pascua de Resurrección, os tengo presentes a todos los misioneros, a los voluntarios de la caridad, a los que estáis entregando la vida al servicio del pueblo a través de vuestras profesiones, vocaciones o servicios.

El Símbolo niceno-constantinopolitano, el texto largo del Credo, precisa que Jesús: *“Resucitó al tercer día, según las Escrituras”*. Hoy estamos celebrando este acontecimiento tan grande para la humanidad en esta Historia de Salvación.

El primero y el más antiguo testimonio escrito sobre la resurrección de Cristo se encuentra en la primera carta de san Pablo a los corintios. Esta carta está escrita hacia la Pascua del año **57 después de Cristo** y lo que nos dice Pablo es algo reciente, unos veinte años después de la Resurrección histórica: *“Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez”* (1 Cor 15, 3-8).

En el texto citado, san Pablo no habla sólo de la resurrección ocurrida el tercer día *“según las Escrituras”*, sino que al mismo tiempo **recurre a los testigos** a los que Cristo se apareció personalmente. Es un **signo**, entre otros, de que la fe de la primera comunidad de creyentes, expresada por Pablo en la carta a los corintios, **se basa en el testimonio de hombres concretos**, conocidos por los cristianos y que en gran parte vivían todavía entre ellos. Estos *“testigos de la resurrección de Cristo”* (Cfr. Hch 1, 22), son ante todo los Doce Apóstoles, pero no sólo ellos: Pablo habla de la aparición de Jesús incluso a más de quinientas personas a la vez, además de las apariciones a Pedro, a Santiago y a los Apóstoles. La resurrección de Jesús es la piedra angular de la fe cristiana: *“Si Cristo no hubiera resucitado, sería vana nuestra predicación, sería vana nuestra fe...”*, dice san Pablo (1Cor 15,14). Esto constituye el anuncio fundamental de la tradición apostólica. La esencia misma de toda su misión radica en ser testigos de la resurrección (Cfr. Ac 1,21). Anuncian la resurrección de Jesucristo, no porque la conocen de oídas, sino porque **han sido testigos** y por esto se sienten empujados a hablar por un impulso interno.

Hoy Jesús ha vencido las dudas y los temores de sus discípulos y trata de hacerles ver la evidencia de que está vivo: *“Palpadme y ved, que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo”*. Y puesto que ellos *“no acababan de creerlo y estaban asombrados”* Jesús les dijo que le dieran algo de comer y *“lo comió delante de ellos”*

(Cfr. Lc 24,36-43). El Señor les exhorta a creer, a fiarse. Les invita a constatar que el cuerpo resucitado, con el que se presenta a ellos, es el mismo que fue martirizado y crucificado, **su cuerpo es auténtico y real**. En su identidad material está la demostración de la resurrección de Cristo.

De toda la narración se deduce que la certeza de la resurrección de Jesús había hecho de ellos casi hombres nuevos. No sólo habían readquirido la fe en Cristo, sino que estaban preparados para dar testimonio de la verdad sobre su resurrección. Nosotros somos testigos también de la resurrección de Cristo, hemos visto y hemos oído, por eso tenemos que ser intrépidos y valientes, modestos, dulces, amables en la relación con los otros, sinceros para contarle a todo el mundo la experiencia del encuentro con Cristo Resucitado.

Estamos en un tiempo de gozo, de profunda alegría, de encuentros con el Señor. La liturgia de hoy es amplia y hermosa, los signos nos hablan de Él: El símbolo de la luz, encarnado en el cirio pascual, nos ayuda a dejar la oscuridad de la muerte y pasar a la luz de la vida. Donde la luz de Cristo vence a la oscuridad, acontece algo de la resurrección. El agua representa la fecundidad; en medio del desierto, edifica oasis de vida. El canto del Aleluya en la liturgia pascual nos recuerda que la voz humana no sirve sólo para gritar o llorar, también sabe cantar. El hombre es capaz de evocar las voces de la creación y transformarlas en armonía.

La Pascua nos invita no sólo a escuchar a Jesús, sino a ver desde el interior. Si creemos el anuncio de la resurrección, el cielo no está cerrado, podemos hablar de luz, de esperanza, de futuro, porque la luz de Dios penetra en nuestra vida, se hace presente. La resurrección de Cristo nos saca de nuestras desganadas y apatías, de todas las tristezas y de todos los miedos, se llamen Covid-19 o se llamen de cualquier forma. La gente canta en estos días la famosa canción *Resistiré*, pero algunos no conocen cual es la razón de esta fuerza. La razón es Cristo, que ha vencido a la muerte, ha perdonado nuestros pecados y vencerá al virus que nos atemoriza. Resistir no es conformarse, es agarrarse al que tiene la fuerza para vencer: ¡Cristo Resucitado!

Venga, hermanos, tenemos que prepararnos de verdad para la coherencia, para la firmeza de la fe y para dar testimonio de ella: *“Hace falta una confesión clara, valiente y entusiasta de la fe en Jesucristo... En medio de la incertidumbre de este tiempo y de esta sociedad, dad a los hombres la certeza de la fe íntegra de la Iglesia. La claridad y la belleza de la fe católica iluminan, también hoy, la vida de los hombres”* (Benedicto XVI).

Ahora es el tiempo de la Iglesia, ahora nos toca a nosotros dar razón de nuestra fe y de ayudar a todos los hermanos a encontrarse con la maravillosa experiencia de Jesús Resucitado. Es tiempo de fe, es tiempo de caridad, es tiempo de contarlo a todos con una sonrisa en la cara y en el corazón.

¡¡¡Feliz Pascua de Resurrección!!!

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena